

DIEGO VAYA

**ARDE HASTA
EL FIN, BABEL**



Macleín *y* Parker

Primera edición

Marzo de 2018

Del texto

© Diego Vaya, 2018

De la portada

© Gloria Rompo, 2018

De esta edición

© Macleín y Parker, 2018

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.2 de 90 g/m²

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m²

ISBN: 978-84-947107-9-7

Depósito Legal: SE-238-2018

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

*A Lidia, la musa que me salva llevándome
a la vida cada día, la que sigue a mi lado
hasta cuando necesito estar a solas, la que
siempre respira en mis palabras: gracias*

En un lugar [...] de cuyo nombre no quiero acordarme.

MIGUEL DE CERVANTES

FATA MORGANA



I. UNA CASA

1

Si Delia no hubiese tenido que dar un volantazo para esquivar a aquel perro que se tambaleaba a unos metros de la bifurcación, donde un tramo de la carretera continuaba hacia la ciudad mientras el otro se adentraba en una urbanización de las afueras, nunca habrían encontrado la casa. Pero el significado de ese detalle solo lo comprendieron más tarde, cuando ya era imposible reparar la situación.

Aunque no fue Delia quien vio primero al perro. Delia tenía la mente puesta en llegar a casa lo antes posible, bajar las persianas de su cuarto, meterse en la cama y abandonarlo todo a su suerte hasta el día siguiente. Pensaba en esta posibilidad como algo que, tras un periodo de oscuridad interminable, aparecía iluminado de repente, marcando el final del camino; y al mismo tiempo intentaba concentrarse en conducir el coche a pesar del continuo dolor que desde hacía unos días se derramaba desde el

lado derecho de su cabeza hasta el borde de la mandíbula. El médico le había recetado antiinflamatorios, que por supuesto no se tomaría.

Así que no fue Delia quien vio primero al perro, sino Geli, que se incorporó un poco y después miró cómo su madre, con los ojos nublados y sus pensamientos en un lugar más allá de esa carretera, aceleraba ante la proximidad de la bifurcación. Geli comprobó enseguida que Delia no había visto al perro en ese momento y que quizás solo se diese cuenta cuando escuchara un chillido golpeando contra el parachoques.

—Delia, ahí delante hay un perro. Si no es mucha molestia, te agradecería que no lo asesinaras. —Y se removió en su asiento, agarrándose al cinturón de seguridad.

Pero a estas alturas podía esperar cualquier cosa de ella, dijo, incluso que atropellase a un perro abandonado. Porque Delia llevaba algunos días ausente, como si fuese una estúpida bolsa vacía que el viento moviese a su antojo. A veces a Delia se le metían cosas raras en la cabeza, decisiones que Geli no conseguía entender, pero en las que siempre se veía enredada: era lo que ella llamaba «daños colaterales».

Aunque el precio de aquella casa había sufrido sucesivas rebajas hasta llegar a ser extraña y hasta ridículamente barata —demasiado, tal vez, incluso teniendo en cuenta que ese sector rodaba cuesta abajo—, el banco solo le

concedió a Delia una parte de lo que le costaba, de manera que sus ahorros se esfumaron entre el pago de la otra parte y los impuestos.

—Es una ganga, una auténtica ganga, no encontrará nada mejor en esa zona, se lo aseguro. Hace unos años el metro cuadrado de esta casa estaba por las nubes —le había dicho el comercial de la inmobiliaria cuando entraron a verla.

Ahora los tres estaban en el salón de la casa, en una escena sacada de un antiguo anuncio de venta de viviendas, aunque la única música era la del clic del bolígrafo contra la carpeta del comercial, un tipo alto, con unas prematuras entradas, el pelo brillante estirado hacia atrás, vestido con un polo descolorido con el logo de la inmobiliaria, y que se había quedado en la entrada mirando el reloj con el rabillo del ojo mientras hacía el cálculo mental de cuánto sería su comisión, que, por poco que fuese, como en este caso, siempre resultaba un alivio; Delia daba vueltas y observaba cómo se multiplicaban los desperfectos a su alrededor, cómo la suciedad, el abandono y la ruina se extendían adondequiera que mirase, porque el papel de las paredes estaba arrancado a tiras o con manchas oscuras, de humedad o de fuego, la tarima del suelo estaba agrietada en algunos puntos, los muebles que allí se apelmazaban estaban envueltos en una simbiosis de polvo y telarañas, y en el techo se habían formado unas pompas demasiado perturbadoras como para pasar debajo; Geli se sentó en el brazo de un sillón tapizado con un estampado pasado de moda, que le pareció de hace tres o cuatro siglos, luego se levantó,

se sacudió el pantalón y se cruzó de brazos en el centro del salón, lanzando una mirada de desconfianza a través de sus gafas de sol.

—Pero esto —dijo Geli— es una mierda. ¿Se da cuenta? —Y se volvió hacia el comercial, que no la había escuchado hasta que ella no hizo esa pregunta—. Aquí podría rodarse una película de terror y no se gastarían ni un euro en el decorado. ¿Este lugar es seguro?

—Geli, basta ya —la cortó Delia.

—Lo pregunto en serio.

El comercial traspasó el umbral, se acercó a Delia y dijo:

—Piense en el precio. Usted quiere comprar una vivienda, ¿no? —El comercial solo miraba a Delia, que asintió—. Olvidemos el asunto del alquiler, que es tirar el dinero. Si a usted le gusta esta urbanización y quiere comprar una vivienda, esta es su casa —dijo consultando la hora—. Disculpe, ahora vuelvo. —Y salió del salón.

—Podemos hacer obras —dijo Delia.

—¿Tú has visto cómo está esto, Delia? —Y Geli le dio un puntapié a la pared, donde se formó un rostro hundido.

—Lo sé. Pero no tenemos dinero para otra cosa.

El móvil del comercial sonó al otro lado. Mientras hablaba, la conversación que mantenía se escuchaba perfectamente por toda la casa.

—Solo digo que no podemos seguir allí. Creo que no habrá mucha diferencia entre el alquiler que pago ahora y la mensualidad de la hipoteca. Piénsalo. Ya sabes que tu padre no nos ayuda.

—Haz lo que quieras —dijo Geli—. Pero no quiero saber nada de las obras, nada.

—Tranquila. Ya estoy acostumbrada a que no quieras saber nada.

—Esto es distinto.

—Ya. Para ti siempre es distinto.

El comercial apareció de pronto. Todavía estaba hablando por el móvil.

—Muy bien, acabo en media hora —se despidió y se guardó el teléfono—. ¿Qué habéis pensado?

—¿Podemos ver el resto? —preguntó Delia.

—Sí, nos queda la cocina y el patio de atrás. Pero debemos darnos prisa, dentro de un rato hay otra cita para ver esta casa.

Geli sonrió y dijo:

—Esto es ridículo. ¿De verdad hay más gente interesada en este pedazo de mierda, en esta calamidad adosada?

—Es el precio —dijo el comercial—. En este caso el precio lo es todo. Con reformas... quiero decir que esta casa, con las reformas adecuadas... Piense —le dijo a Delia— en las posibilidades. Su aspecto ahora no es el mejor, pero con paciencia y albañiles... Esta es la cocina... Se le puede sacar mucho provecho a esta casa. La estructura, los pilares maestros, los cimientos están en perfecto estado... Es su aspecto, pero piense en el precio, es imposible en esta zona...

—¿Quién vivió aquí antes? —preguntó Geli abriendo el frigorífico.

—Los propietarios se la habían alquilado a una pareja joven. Ella perdió el trabajo y tuvieron que mudarse.

—¿Eran vegetarianos? —Y Geli se inclinó un poco, lo justo para ver mejor el interior del frigorífico.

—No lo sé, la verdad. El precio —y se volvió hacia Delia— es lo mejor. Una ganga, en todos los...

—¿Me deja su bolígrafo? —preguntó Geli.

El comercial, sin mirarla, se lo entregó y reanudó su discurso ante Delia:

—En todos los sentidos es una ganga. Ya ve, los muebles de la cocina están nuevos, solo hace falta limpiarlos. Y han dejado todos los electrodomésticos.

Geli estuvo hurgando en el interior del frigorífico con el bolígrafo hasta que sacó en la punta de este una sustancia caseosa y verde y de un olor repulsivo.

—Esto le encantará a tu gurú. Mira: macrobiótico. No hay duda. Se cuidaban. ¿Tú qué piensas, Delia? Yo creo que te hubieses llevado muy bien con ellos.

—¿Y por qué han dejado todos los muebles de la casa? ¿Son de los dueños o de los anteriores inquilinos? —preguntó Delia súbitamente con la intención de distraer al comercial, que no se atrevía a coger el bolígrafo apestoso y contaminado por no se sabía qué cepa mortal, y tocó el candado que cerraba la puerta de uno de los muebles.

—Los muebles son de los propietarios. Supongo que cuando se mudaron prefirieron comprarse otros. En cualquier caso, se incluyen en el precio de la casa.

—¡Cuánta generosidad!

—Geli, déjalo de una vez, ¿de acuerdo? —dijo Delia, y Geli salió de la cocina y se perdió en los cuartos que ya habían visto antes—. Mañana a primera hora iré al banco. ¿Cuánto dinero necesita usted para hacerme la reserva?